

Criador de los años y de los siglos?), sino porque con estas palabras quería darnos a entender que todo lo hace a su tiempo conveniente, y no de una vez, ya que se seguiría confusión y desorden, si no hiciera cada cosa en su oportuno tiempo, sino que todo lo mezclara en uno, la generación, la resurrección y el juicio. Considéralo. Convenía que tuviera lugar la creación, mas no toda a un tiempo: el hombre y la mujer, mas no ambos a la vez. Convenía que fuera condenado a muerte el género humano, y que hubiera resurrección, mas con grande intervalo la una de la otra. Convenía que se diera la ley, mas no al mismo tiempo la gracia, sino que ambas se establecieran a sus tiempos convenientes. Por donde no obedecía Cristo a la necesidad de los tiempos, ya que más bien ponía orden en ellos, como Criador que es. Pero San Juan en este lugar pone en boca de Cristo las palabras: *Aún no ha llegado mi hora*, demostrando que todavía no era conocido de las muchedumbres, y ni aun tenía completo el coro de sus discípulos, sino que le seguían Andrés y Felipe, pero ningún otro: y lo que es más ni aun éstos, ni aun sus parientes ¹⁰ le conocían como convenía. Porque después de muchos milagros, dijo el Evangelista acerca de sus parientes: *Ni sus hermanos (parientes) creían en El* (Joan., VII, 5). Ni los que asistían a las bodas le conocían: de ser así, ellos se hubieran adelantado y le hubiera rogado viéndose en necesidad. Por esta razón dice: *Aún no ha llegado mi hora*. “No soy todavía conocido de los presentes, y ni aun saben que ha faltado el vino. Deja que primero sientan la falta. Pues no convenía que yo oyera de ti esta petición: porque eres madre, y haces sospechoso el milagro. Lo que convendría es que los que se hallan faltos se presenten y me rueguen, no porque yo necesito de ello, sino para que reciban el milagro con grande aprobación”. En efecto, el que se vio en necesidad, cuando obtiene lo que pide, tiene mucho agradecimiento; pero el que no llegó a sentir la falta, tampoco llegará a tener sentimiento claro y vivo del beneficio.

III

Pero ¿por qué razón, se dirá, después de haber dicho: *Aún no ha llegado mi hora*, y rehusado la petición, hizo lo que le pidió su Madre? Principalmente para que los que le contradecían y juzgaban que estaba sometido a las horas, tuvieran suficiente prueba de que no estaba sujeto a ellas. Porque si lo estuviera, ¿cómo, no habiendo lle-

gado la hora, hubiera hecho lo que hizo? En segundo lugar, para honrar a su Madre y no parecer que en todo la contradecía, para que no se creyese que lo hacía por debilidad, y para no causarla sonrojo en presencia de tantos: porque ya le había presentado los sirvientes. Toda vez que aún a la Cananea, con decirle: *No es bueno tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros* (Matth., XV, 26), se lo dio al fin, en atención a su insistencia. Y eso que también había dicho: *No he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel* (Ibid., v. 24): y con todo, después de haberlo dicho, curó a la hija de aquella mujer.

De aquí aprendemos que aunque seamos indignos, muchas veces por la asiduidad nos hacemos dignos de recibir. Por esta razón también su Madre esperó, y sabiamente le puso delante los sirvientes, para que fuesen más los que hicieran la petición. Por eso añadió también: *Haced cuanto os dijere* (Joan., II, 5). Pues bien sabía que no lo rehusaba El por debilidad, sino por modestia, y porque no pareciera que sin más ni más se lanzaba a hacer el milagro: y así le puso delante los sirvientes.

IV

6. *Y había allí seis hidrias de piedra, conforme a la purificación de los judíos, que cogían dos o tres metretas cada una.* 7. *Díceles Jesús: "Llenad las hidrias de agua". Y las llenaron hasta arriba.*

No en vano dijo: *conforme a la purificación de los judíos*: sino para que no sospechara alguno de los incrédulos que, por haber quedado dentro las heces, al derramarse encima y mezclarse luego el agua, se formó un vino muy tenue¹¹. Por eso dice: *conforme a la purificación de los judíos*, declarando que aquellas vasijas nunca habían contenido vino. Porque como en Palestina hay escasez de agua, ni se hallaban en muchas partes manantiales y fuentes, llenaban siempre las hidrias de agua, para no verse precisados a correr a los ríos, si alguna vez se contaminasen, sino tener a punto modo de purificarse.

Y ¿por qué no hizo el milagro antes de que se llenaran, ya que esto hubiera sido mucho más maravilloso?— Porque una cosa es cambiar la cualidad de una materia ya existente, y otra hacer de la nada la substancia misma de ella; pues lo último es más maravilloso.— Pero así no hubiera parecido tan creíble a la mayor parte. Por esta razón

muchas veces disminuye de intento la grandeza de los milagros, para que fueran mejor recibidos.

Y ¿por qué, dirás, no trajo El el agua y mostró después el vino, sino que se la mandó traer a los sirvientes?— Por la misma razón, y para tener a los mismos que habían sacado el agua por testigos del hecho y de que en él nada había de imaginario. Por donde si algunos se desvergonzaran en negarlo, pudieran los sirvientes decirles: “Nosotros sacamos el agua”.

Además de lo dicho, así destruye las doctrinas que pululan contra la Iglesia. Porque como hay algunos que dicen que el criador del mundo es otro, y que las cosas visibles no son obra de el, sino de otro dios contrario; para tapan la boca de los que así deliran, hace la mayor parte de los milagros valiéndose de la materia existente. Puesto que si el criador fuera contrario a El, no podría valerse de elementos ajenos para hacer muestra de su propio poder. Ahora, pues, patentizando que el es el mismo que en las viñas transforma el agua, y mediante la raíz, convierte en vino la lluvia, hizo de repente en las bodas lo que obra en la planta por largo tiempo.

V

Y después que llenaron las hidrias, dice: 8. *Sacad ahora y llevad al maestresala. Y lo llevaron.* 9. *Y luego que el maestresala gustó el agua hecha vino, y no sabía de dónde era (mas lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llama el maestresala al esposo, 10, y le dice: “Todo hombre pone primero el buen vino y después que están embriagados, entonces el de inferior calidad; tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta ahora”.* Aquí se burlan de nuevo algunos, diciendo: De manera que aquella era una reunión de ebrios, y su gusto estaba perdido para discernir, y era tan incapaz de distinguir y juzgar el hecho, que no sabía si aquello era agua o vino; porque el mismo maestresala dio a entender en sus palabras que estaban ebrios.— Ya eso mismo es bien ridículo ¹²; pero aun esa sospecha la cortó el Evangelista. Porque no dice que los convidados fueron los que dieron el juicio del suceso, sino el maestresala, que estaba alerta y no había probado nada. Todos sabéis muy bien, en efecto, que los encargados de dirigir el servicio en los convites son los más sobrios, y no tienen otro cuidado sino que todo vaya con orden y concierto. Por esta razón

adujo por testigo del milagro el gusto sobrio del maestresala. Pues no dijo: “Dad vino a los comensales”, sino *Llebad al maestresala*.

9. *Y luego que el maestresala gustó el agua hecha vino, y no sabía de dónde era (mas lo sabían los sirvientes), llama el maestresala al esposo*. Y ¿por qué motivo no llamó a los sirvientes, toda vez que así se hubiera descubierto también el milagro?— Porque ni el mismo Jesús descubrió el milagro, antes quería que con suavidad y poco a poco se diese a conocer la fuerza de los prodigios. Si entonces se hubiera declarado, no se hubiera creído la narración de los sirvientes, antes se los hubiera tenido por locos, al atestiguar tales cosas de quien era tenido por la mayor parte como mero hombre. Ellos, en efecto, claramente veían el hecho por experiencia; pues no habían de rehusar creer a sus propias manos; pero no eran aptos para hacer creer a otros. Por eso tampoco El se lo reveló a todos, sino a quien mejor podía comprender lo sucedido, reservando para el tiempo venidero su más claro conocimiento. Porque después de la manifestación de los demás milagros, también éste había de ser creíble. Y así cuando después curó al hijo del régulo, descubre el Evangelista, por lo que allí dice, que también este milagro se había hecho más patente. Puesto que esta fue precisamente la razón de llamarle, el conocer este milagro, como dije. Y dándolo a entender San Juan, dice: *Vino Jesús a Caná de Galilea, donde convirtió el agua en vino* (Joann., IV, 46); y no vino comoquiera, sino excelente vino.

VI

Tales son los milagros de Cristo, mucho más excelentes y perfectos que lo que sucede en la naturaleza. Así también en otros casos, al corregir un miembro contrahecho, lo hizo más perfecto que los sanos. En suma: que aquel era vino y vino excelente, habían de testificarlo no sólo los sirvientes, sino también el maestresala; y que era Cristo quien lo hizo, los que sacaron el agua. De manera que aun cuando no se hubiera descubierto entonces el milagro, no podía quedar oculto en el silencio hasta el fin: tantos eran los testimonios necesarios que delante de el se enviaban para el tiempo venidero. Porque los sirvientes eran testigos de que había convertido el agua en vino, y de que el vino era excelente, el maestresala y el esposo. Verosímil es que a esto respondiera algo al esposo; pero el Evangelista, dándose prisa por

narrar las cosas más necesarias, apuntó solamente el milagro, y pasó por alto lo demás. Porque lo necesario era saber que convirtió el agua en vino, y vino excelente; lo que el esposo dijo al maestresala no juzgó necesario contarle. Muchos de los milagros que antes no eran tan conocidos, pasando el tiempo se hicieron más patentes, al ser contados con más precisión por los que al principio lo vieron.

Resulta, pues, que entonces convirtió Jesús el agua en vino; pero entonces y ahora no cesa de transformar las voluntades débiles y relajadas. Porque hay hombres, los hay, que en nada se diferencian del agua; tan fríos son, tan débiles, y nunca en un estado. A los que así son llevémoslos delante del Señor, para que convierta su voluntad en el estado del vino, para que no se derramen comoquiera, antes tengan más consistencia, y sean causa de alegría para sí mismos y para los demás.

¿Y quiénes son estos hombres fríos, sino los que están adheridos a las cosas pasajeras de la presente vida, los que no se ríen de los goces de aquí abajo, los amadores de la gloria y del poder? Porque todas estas cosas son como corrientes que en ninguna parte se detienen, sino que siempre se van precipitando con grande ímpetu. El hoy rico, mañana es pobre; el que hoy aparece con pregonero, y cinto, y carroza, y muchos lictores, muchas veces al día siguiente habita en la cárcel, dejando a otro, contra toda su voluntad, aquel aparato fantástico. A su vez, el que vive en delicias y se deshace, después de estragar su vientre, no puede conservar un solo día la hartura, sino que, evaporada ésta, se ve precisado a ingerir más, no diferenciándose en nada de un torrente. Pues como en éste, pasada a corriente primera, viene otra encima, así él, pasada una comida, necesita en seguida otra. Así es la naturaleza de las cosas de esta vida: nunca admite estabilidad, antes siempre fluye y pasa de largo. Y por lo que hace a las delicias, no sólo hay en ellas lo de pasar de largo y huir, sino que llevan consigo mil otros inconvenientes. Porque en su impetuoso fluir embotan la fortaleza del cuerpo y arrastran consigo la virilidad del espíritu; y no así las corrientes violentas de los ríos comen las orillas, y las hacen irse derruyendo, como la vida muelle y regalada arrastra fácilmente consigo los cimientos de nuestra salud corporal. Si vas a la oficina de un médico y preguntas por las causas de las enfermedades, verás que casi todas proceden de aquí. La mesa pobre y sobria es madre de la salud. Así la llamaron también los médicos, al nombrar salud al no hartarse. La no hartura, dicen, es salud, y la comida frugal

madre de la salud. Y si la comida frugal es madre de la salud, claro es que la saciedad es madre de la enfermedad y del malestar, y engendra padecimientos que superan el arte de los médicos. En efecto, las enfermedades de los pies, de la cabeza, de los ojos, de las manos, los temblores, parálisis, ictericias, fiebres largas y ardientes, y mucha más que no hace al caso enumerar, no suelen proceder de frugalidad y parsimonia, sino de gula y hartura. Y si quieres ver también las enfermedades del alma que de aquí se origina, verás que la avaricia, la negligencia, las melancolías, la pereza, la lujuria y toda ignorancia tienen aquí su comienzo. Porque las almas de los que comen con tanto regalo, siendo desgarradas por tantas fieras, vienen a hacerse como bestias. Y ¿habré de decir las tristezas y fastidio que experimentan los que viven en tal regalo? Imposible es decirlas todas: por una cosa que es capital, os lo haré ver todo. A saber: de esa mesa regalada nunca disfrutaban con placer. Porque la frugalidad, como es madre de la salud, lo es del placer; pero la hartura, como es madre de las enfermedades, así es fuente y raíz del disgusto. Donde hay saciedad, no puede haber apetito; y no habiendo apetito, ¿cómo puede haber deleite? Por esta razón hallaremos a los pobres no sólo más prudentes y sanos que los ricos, sino también más alegres.

Considerando todo esto, huyamos de la embriaguez y las delicias, no sólo en las mesas, sino también en todas las cosas de la vida; y cambiémoslas por el placer de las cosas espirituales, y deleitémonos en el Señor, según el Profeta: *Deleítate en el Señor, y El te conceda las peticiones de tu corazón* (Ps. XXXVI, 4), para que gocemos de los bienes presentes y venideros, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XXXV

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. IV, v. 40. Pues como vinieron a El los samaritanos, le rogaban que se quedase con ellos. Y permaneció allí dos días. 41. Y muchos más creyeron por la palabra de El. 42 Y a la mujer decían: "Ya no creemos por tu dicho; pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del Mundo, el Mesías".

43. Y después de dos días salió de allí, y se fue a Galilea. 44. Porque el mismo Jesús testificó que un profeta en su propia patria no tiene estimación.

45. Y habiendo venido a Galilea, le recibieron los galileos, porque habían visto todas las cosas que habían hecho el día de la fiesta en Jerusalén; pues ellos también habían asistido a la fiesta.

46. Vino, pues, otra vez a Caná de Galilea, en donde había hecho el agua vino. Y había un régulo(señor de la corte), cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. 47. Este, habiendo oído que Jesús venía de Judea a Galilea, fuese a El, y le rogaba que descendiese y sanase a su hijo, porque se estaba muriendo. 48. Y Jesús le dijo: "Si no viereis milagros y prodigios, no creéis". 49 Dícele el régulo: "Señor, baja antes que muera mi hijo". 50. Jesús le dice: "Vete, tu hijo vive". Creyó el hombre a la palabra de Jesús le dijo, y se iba andando.

51. Y cuando él ya bajaba, le salieron al encuentro sus criados, y le dieron nuevas, diciendo que su hijo vivía. 52. Informóse, pues, de ellos de la hora en que había mejorado, y le dijeron: "Ayer a la hora séptima le dejó la calentura". 53. Así que entendió el padre que era la misma hora en que Jesús le dijo: "Tu hijo vive"; y creyó él y toda su casa.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Los samaritanos mejor dispuestos que los judíos respecto de Cristo: vv. 40-42. Compárase la conducta de unos y otros.

II. Exposición de los vv. 43-46.

III. Vers. 46, 47. Hácese ver la diferencia de la fe del régulo y del centurión. También el Señor se conduce con entrambos de diferente manera.

IV. Explicanse los vv. 51-53. Circunstancias que patentizan la realidad del milagro.

V. Conclusión. No hemos de exigir milagros en nuestro favor, v. gr., curaciones, etc., sino servir a Dios puramente, aunque nos castigue y atribule.

I

Cap. IV, v. 40. Pues como vinieron a El los samaritanos, le rogaban que se quedase con ellos. Y permaneció allí dos días. 41. Y muchos más creyeron en El por su palabra. 42. Y a la mujer decían: "Ya no creemos por tu dicho; pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías". 43. Y después de dos días salió de allí y se fue a Galilea.

No hay cosa peor que la envidia y la malquerencia, ni más funesta que la vanagloria, la cual suele echar a perder innumerables bienes. De ahí que los judíos, teniendo mayor conocimiento que los samaritanos, y educados a una con los profetas, quedaron postergados a aquellos. Los samaritanos, en efecto, creyeron por el testimonio de la mujer, y sin haber visto milagro alguno, salieron a rogar a Cristo que se quedara con ellos; mas los judíos, aún después de haber visto milagros, no sólo no le detenían, sino que le expulsaban y no dejaban medio alguno de echarle fuera de su región; ¡y eso que su misma venida fue por ellos. En fin, aquellos le expulsaban, y éstos le rogaban que permaneciera con ellos. Pues bien ¿era inconveniente que se acercase a los que se lo rogaban, y no lo era que estuviera asiduamente con los que le acechaban y ofendían, negándose a los que le amaban y le querían detener consigo?— No fuera eso digno de su providencia. Por eso accedió y permaneció con ellos dos días. Ellos, a la verdad, quisieran que se quedara para siempre, como lo dio a entender el Evangelista, al decir: *Le rogaban que se quedase con ellos*; mas El no lo quiso, sino que permaneció dos días, durante los cuales *muchos más creyeron en 'El*. Y eso que no era verosímil que ellos creyesen, ya por no haber visto milagro alguno, ya por ser enemigos de los judíos; y, sin embargo, porque apreciaron en su justo valor sus palabras, nada de esto le estorbó, antes concibieron de él una idea superior a aquellos obstáculos, y a porfía le admiraban a cuál más. Porque, 42. *Decían a la mujer: "Ya no creemos por tu dicho; pues nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías*. Estos discípulos sobrepujaron a su maestra. Bien podían ellos acusar a los judíos, pues habían creído y le habían recibido. En efecto, los judíos, por quienes había emprendido todas estas obras, continuamente le apedreaban; y en tanto éstos le atraen, cuando El no se dirigía a ellos. Los judíos, a pesar de los milagros, permanecen incorregibles; y éstos sin milagros dan muestras de gran fe, y aun tienen a honra el creer sin milagros; mientras aquellos no cesan de buscarlos y tentarle. ¡Tan necesario es siempre tener el ánimo bien dispuesto! Si así le halla la verdad, se apodera de él; y si no se apodera, no es por debilidad suya, sino por terquedad del ánimo. Como el sol, cuando da en ojos limpios, los ilumina; y si no lo hace, será enfermedad de ellos que no ineficacia propia.

Oye, pues, lo que ellos dicen: *Sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo, el Mesías*. ¿Ves cuán presto conocieron que

iba a atraer en pos de sí todo el mundo, y que había venido a obrar la salvación de todos, y que no había de circunscribir su providencia a los judíos, sino diseminar su predicación por toda la tierra? Mas no así los judíos; antes, tratando de establecer su propia justificación, perdieron la de Dios (Rom., X, 3). Pero éstos confiesan hallarse todos culpables, manifestando la sentencia del Apóstol: *Todos pecaron y necesitan de la gloria de Dios, siendo justificados de balde por su gracia* (Rom., III, 23, 24). Porque al decir que es Salvador del mundo, claramente dicen que estaba perdido. Y no le llaman Salvador comoquiera, no en lo más importante; pues hubo muchos salvadores, profetas y ángeles; pero éste es, dicen, el verdadero Salvador, el que proporciona la verdadera salud, y no tan sólo la temporal. Esta sí que era sincera fe. Admirables son por ambos conceptos: porque creyeron, y porque creyeron sin milagros. A los tales el mismo Cristo llama bienaventurados, diciendo: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron* (Joan. XX, 29). Y que creyeron sinceramente, se ve por aquí; que habiendo oído a la mujer hablar con ambigüedad: *¿Acaso éste será el Mesías?* (Joan., I, 20), no dijeron: también nosotros sospechamos, o pensamos, sino: *Sabemos*; y no sólo esto, sino: *que éste es verdaderamente el Salvador del mundo*. Pues no confesaban al Mesías como a uno de la multitud, sino como al verdadero Salvador del mundo.

Ahora bien: ¿a quién habían visto salvado por El? Tan sólo palabras oyeron, y hablaron, con todo, como si hubieran visto muchos y grandes milagros. Y ¿por qué los Evangelistas no nos cuentan estas palabras (de Cristo), y que les habló maravillosamente?— Para que entiendas que pasan por alto muchas cosas de importancia; pero por el fin lo dieron a entender todo. Pues persuadió con sus palabras a todo el pueblo y a toda la ciudad. Pero cuando los oyentes no se rinden, entonces se ven precisados (los Evangelistas) a dar cuenta de las palabras dichas, para que nadie por la ingratitud de los oyentes de su fallo contra el que les habla.

II

43. *Y después de dos días salió de allí y se fue a Galilea.* 44. *Porque el mismo Cristo testificó que un profeta no tiene estima en su propia patria.* ¿Por qué se añade esta cláusula?— Porque no fue a Cafarnaúm, sino a Galilea, y de allí a Caná. Pues a fin de que no inquietaras por qué no permaneció con los suyos, y, en cambio, se

quedó con los samaritanos, añadió la causa diciendo que no le atendían. Por eso no fue a ellos para que no fuera mayor su condenación.

Y, en efecto, soy de parecer que aquí llama patria suya a Cafarnaúm. Y que allí no tuvo estimación, óyeselo decir al mismo: *Y tu Cafarnaúm, la que has sido sublimada hasta el cielo, hasta el infierno serás hundida* (Luc., X, 15). Por lo demás, la llama su patria, dando a entender la traza de su Encarnación, y por haber morado en ella por la mayor parte. Pues ¿cómo?, dirás. ¿No vemos a muchos admirados aun entre los suyos?— Pero no se debe juzgar de las cosas por lo que rara veces ocurre. Y si algunos fueron honrados en su patria, mucho más en la ajena; porque la costumbre engendra menosprecio. 45. *Y habiendo venido a Galilea, le recibieron los galileos, como quienes habían visto todas las cosas que hizo en Jerusalén en la fiesta: porque habían acudido a la fiesta.* ¿Ves cómo los que tenían mala fama son los que principalmente acuden a El? Porque el uno decía: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* (Joan., I, 47). Y el otro: *Averigua y ve que de Galilea se levanta ningún profeta* (Joan., VII, 52). Y esto lo decían por afrentarle, pues la mayor parte le creía de Nazaret, y además le echaban en cara que era samaritano: *Samaritano eres*, decían, *y demonio tienes* (Jo., VIII, 48). Mas he aquí que los samaritanos creen, para vergüenza de los judíos. Y aun se halla a los samaritanos mejores que los judíos; pues aquellos le recibieron por las palabras de la mujer, mas los judíos porque vieron los milagros que hizo. 46. *Fue, pues, de nuevo Jesús a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino.* Recuerda a los oyentes el milagro, para más enaltecer a los samaritanos, ya que aquellos le recibieron por los milagros, hechos en Jerusalén y entre ellos, y los samaritanos no así, sino tan sólo por la doctrina.

Si bien nos cuenta (el Evangelista) que fue allá, no añade la causa de la ida. Fue a Galilea por motivo de la envidia de los judíos; pero a Caná ¿por qué? Antes acudió invitado a las nupcias; mas ahora, ¿por qué motivo?— Es mi parecer que lo hizo para corroborar más con su presencia la fe del milagro, y atraerlos más al presentárseles sin ser llamado, y preferirlos a ellos dejando su patria.

III

Y había un criado del Rey, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. 47. Este, habiendo oído que Jesús venía de Judea a Galilea, se

fue a El, y le rogaba que fuese y curase a su hijo, bien fue de linaje real, bien tuviera alguna otra dignidad o mando que llevase este nombre. Algunos creen que éste es el mismo de quien habla San Mateo; pero se prueba ser otro, no sólo por la dignidad, sino también por la fe. Aquel pide a Cristo que no vaya, cuando El iba de suyo; éste le lleva a casa, cuando El no se ofrecía. Aquél decía: *No soy digno de que entres debajo de mi techo* (Matth., VIII, 8); éste aun le da prisa, diciendo: *Baja, antes de que muera mi hijo* (Joan., IV, 49). Allí entraba Cristo en Cafarnaúm, después de bajar del monte; aquí viniendo de Samaría, y no a Cafarnaúm, sino a Caná, se le presentó éste. El hijo de aquél yacía en cama a causa de una parálisis; el de éste por una fiebre. 47. *Y fue a El y le rogaba que curase a su hijo; porque estaba para morir.* ¿Y qué hizo Cristo? *Si no viereis*, dijo, *milagros y portentos, no creereis.* ¿Pues qué era sino fe el acudir a El y rogarle? Y así lo atestigua después el Evangelista, diciendo que habiendo Jesús hablado: 59. *Vete, tu hijo vive; creyó a la palabra de el y se fue.* ¿Qué es, según eso, lo que aquí dices? O lo decía por admirar a los samaritanos, porque creyeron sin milagros, o por reprender a la que parecía ciudad suya, Cafarnaúm, de donde aquel era. Y si otro, cuando decía en San Lucas ¹³: *Creo, Señor; ayuda mi incredulidad* (Marc., IX, 23), decía de nuevo... Así, pues, aunque éste creyese, no tenía fe entera y sana por completo. Y bien lo da a entender al preguntar a qué hora le había dejado la fiebre. Pues quería enterarse si acaso había esto sucedido de suyo o por el mandato de Cristo. De ahí que cuando se informó: *Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre, creyó él y toda su casa* (Jo., IV, 52, 53). ¿Ves cómo creyó cuando se lo dijeron los criados, no cuando Cristo? Así es que Cristo argüía la intención con que, al presentársele, decía aquellas palabras; con lo cual le atraía más a la fe; ya que antes del milagro no creía mucho; y si se acercó a El y le rogó, nada tiene de extraño; porque suelen los padres por el grande amor a acudir no sólo a los médicos en quienes confían, sino también a aquellos en quienes no confían, por no dejar absolutamente medio alguno. Por eso, como acudió a El ocasionalmente (no de primer intento), le vio cuando vino a Galilea; que si hubiera tenido mucha fe en El, estando su hijo a punto de muerte, no hubiera dudado en ir a la Judea. Y si temía, ni aun eso era perdonable.

Mira cómo, en efecto, sus mismas palabras descubren la debilidad de aquel hombre. Pues cuando convenía, ya que no antes, siquiera después de haberle Cristo descubierto la conciencia, imaginarse algo

grande de El, oye cómo todavía se arrastra por el suelo. Porque: *Baja*, dice, *antes de que muera mi hijo*; como si no pudiera después de la muerte resucitarle, y como si no supiera en qué estado se hallaba el hijo. Por eso le reprende y hiere en su conciencia, declarando que los milagros se obran principalmente por causa del alma, pues aquí, no menos que al hijo, cura la conciencia enferma del padre, enseñándonos a atenderle no por los milagros, sino por la doctrina: ya que los milagros ni son para los fieles, sino para los infieles y más rudos.

Así que entonces, a causa de la pasión, no atendía gran cosa a las palabras de Cristo, sino sólo a lo relativo al hijo. Pero más tarde había de recordarlas y sacar de ellas muchísimo provecho, como sucedió.

Y ¿cómo al centurión espontáneamente se le ofreció a ir, y en este caso no va ni aun llamado? Porque allí la fe era perfecta. Por eso se ofreció a ir, para que viéramos la generosidad de aquel hombre. Pero aquí (no lo hizo) porque era tan imperfecto. Ya, pues, que porfiadamente le daba prisa, diciendo: *Baja*, ignorando todavía que aun ausente podía curarle, hace ver que aun esto le es posible, a fin de que aprendiera éste por no haberse presentado Cristo, lo que el centurión sabía de suyo. Así que, al decir: *Si no viereis milagros y prodigios, no creeréis*, significa: No tenéis todavía la fe conveniente, antes me consideráis aún como a profeta. Descubriendo, pues, quien era, y demostrando que aun sin milagros debía ser creído, decía lo que dijo a San Felipe: *¿Crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Y si no, creedme por las obras* (Joan., XIV, 10, 11).

IV

51. Y cuando ya él bajaba, le salieron al encuentro sus criados, diciendo: “Tu hijo vive”. 52. Preguntábales, pues, la hora en que se hubo mejor. Y le dijeron: “Ayer a la hora séptima le dejó la calentura”. 53. Conoció, pues, el padre que en aquella hora en que el dijo Jesús: “Tú hijo vive”, „ Y creyó él y toda su casa. ¿Ves cómo se hizo patente el milagro? Pues no se libró del peligro de una manera ordinaria y vulgar, sino de repente, de modo que se viese claro que no procedía el suceso según el curso natural, sino por efecto del poder de Cristo. Pues cuando había llegado a las mismas puertas de la muerte, como lo declaró el padre por estas palabras: *Baja antes de que muera mi hijo*, repentinamente fue librado de la enfermedad; lo cual llamó

también la atención de los criados. Dado que ellos quizá salieron al encuentro no sólo por llevar la noticia, sino también por juzgar ya inútil la ida de Cristo; pues sabían que estaba allí cerca; por lo cual salieron al camino mismo. Pero aquel hombre, depuesto el temor, se acercó a la fe, haciendo ver que aquella era obra de la ida de Cristo, y pone empeño en que no pareciera que se había movido en vano (acudiendo a El); y por eso se entera de todo con cuidado. *Y creyó él y toda su casa*; pues el testimonio no dejaba lugar a duda. Ya que los que no habían estado presentes, ni oído hablar a Cristo, ni sabían el tiempo, al informarse de su amo que el tiempo era aquel mismo, tuvieron clarísima prueba del poder de Cristo; por lo cual creyeron también ellos.

V

Y ¿qué es lo que aquí se nos enseña?— A no esperar milagros ni exigir prendas del poder de Dios. Pues veo también ahora a muchos que entonces se hacen más piadosos, cuando alcanzan algún alivio en la enfermedad de su hijo o de su esposa: y lo que conviene es que aun cuando nada obtengamos, perseveremos igualmente dando gracias y glorificando a Dios. Esto es propio de siervos generosos, esto de hombres esforzados y que aman como se debe al Señor: acudir a El no sólo cuando les de paz, sino también cuando los azota. Pues no menos procede esto de la providencia de Dios. *Porque a quien ama el Señor castiga; y azota a todo hijo a quien recibe* (Hebr., XII, 6). Y el que tan sólo en tiempos de paz le da culto, no da grandes indicios de amor, ni ama puramente a Cristo. Y ¿qué hablo yo de salud y abundancia de riquezas o enfermedad y pobreza? Aunque oigas nombrar el infierno u otra cosa terrible, ni aun por eso debes desistir de alabar al Señor, antes sufrirlo y tolerarlo todo por amor de El. Pues esto es de siervos de buena índole y de ánimos que no se tuercen. Quien tenga estos sentimientos, con facilidad sufrirá los males presentes y alcanzará los bienes venideros, y gozará de gran confianza con Dios: ¡ojalá todos nosotros la obtengamos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos! Amén.

NOTAS

1. Aunque la idea cambia muy poco, la traducción exacta no es: “para que no sólo viéramos aquí la gloria, sino también después”; antes se compara su gloria de *Jesucristo aquí*, es decir, la gloria manifestada en los milagros y fundación de la Iglesia, y la gloria del mismo en la otra vida.

2. En el texto griego.

3. Nótese que esta explicación es muy probable. Fuera del testimonio de San Juan Crisóstomo, tiene en su apoyo la autoridad de San Cirilo, Eutimio y otros graves autores, y la facilidad del contexto, que es obvio y natural. Además no hay que violentar el sentido de la partícula *anti* = *en vez de*, *en sustitución de*. Traducir un *cúmulo de gracias*, como si dijera una gracia *sobre* otra, no nos parece tan propio. El Padre Toledo lo rechaza como inadmisibles. Maldonado y otros lo admiten sin dificultad. Aunque es admisible; mas se ha de entender que a una *gracia* *sustituye otra* y a *ésta otra* a su vez.

La razón principal que se aduce en contra es que el Viejo Testamento jamás se llama *gracia*, y que desaparecería la oposición entre el Viejo y Nuevo. A lo primero se puede responder que nada obsta que una cosa se llame de un modo una sola vez, con tal que haya fundamento, como lo hay en el caso, y alegándose textos semejantes de palabras contrapuestas que cambian de sentido aplicadas al Antiguo y Nuevo Testamento: como son *justicia*, *pacto*, etc. Y a lo segundo, que la oposición no sólo no desaparece, sino que resalta más y se repite *dos veces*, en vez de una: primero en general, cuando se dice: *recibimos en vez de una gracia* mucho menor, *otra gracia*. Así como si dijera: *recibimos justicia en sustitución de justicia*, se entendería: *en vez de la justicia de la ley antigua*, recibimos *la justicia de la nueva*, y no desaparecería la oposición, antes resaltaría más, precisamente por repetirse el mismo vocablo con énfasis. En segundo lugar, hace resaltar la oposición y viene a *explicarla* el verso siguiente, que de esta manera da *razón* de la frase anterior: *gracia en vez de gracia; PORQUE la ley*, dice *fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad por Jesucristo fue hecha*. Esta exposición siguen también Calmet, Patrizi, Belser...

Por lo demás, Toledo (Comment. in Jo.) comenta de este modo:

Et *gratiam pro gratia. Causam affert cur dictum sit de plenitudine ejus nos omnes accepisse*: Et gratiam, inquit, omnes accepimus pro gratia, *quia in ipsius Christi gratia nos sumus omnes gratiam consecuti, et per eum grati facti Deo. Idem est sensus cum illis verbis ad Rom. 5. Multo magis gratia Dei et donum in gratia unius hominis Jesu Christi in plures abundavit. Quod ergo Paulus dicit, gratia abundavit in plures in gratia unius hominis Jesu Christi, hoc est quod dicit Joannes: Gratiam pro gratia accepimus: et hanc causam esse reor cur dictum sit, de plenitudine ejus omnes accepimus. Fuit enim christus ita Deo Patri gratus, ut sua gratia nobis meruerit et consecuturus sit gratiam. Ad Eph. 1. Gratificavit nos in dilecto Filio suo; ac si dicat: in gratia Filii sui nos gratos effecit: hoc est gratiam pro gratia accepimus. Hic est sensus legitimus, ut magis ex sequenti annotatione constabit”.*

4. En la homilía XIII.

5. Otra lección: *a Dios, Espíritu*.

6. En el griego hay un juego de palabras intraducible, por llevar la palabra *esttua*, andriás, entrañada la idea de *varón*, aner, gen. andrós: de donde andriaV simulacro del varón.

7. Otros, *mas robusto*, quizá mejor en este lugar: en la escritura fácilmente pudieren confundirse *faidrotera* y *sfodrotera*.

8. Lo que aquí se dice de ver a Dios, entiéndase *verle por las fuerzas naturales*, y si se trata de *visión sobrenatural*, entiéndase *visión comprensiva*. Lo último se echa de ver por lo que dice del conocimiento que el Hijo tiene del Padre. Algunas frases suenan con demasiada generalidad, y parecen excluir aun la visión sobrenatural de Dios, *tal cual* es; mas esto es inadmisibile.

9. Téngase en cuenta la llamada *disciplina del arcano*.

10. De intento he omitido, la cláusula *oude e méter*, que con razón disonaría mucho. Constando que hay interpolaciones en las obras de San Juan Crisóstomo, de sospechar es que aquí, y en algunos otros pasajes, intervino la mano malévola de algún Nestoriano. Por ejemplo, alguna vez en que lo que dice está en pugna abierta con su sistema exegético.

11. Mayores, sin comparación, son las necedades de los racionalistas modernos. Harían bien, siquiera por honor propio y para no exponerse tantas veces al ridículo, en consultar las objeciones de los antiguos incrédulos, que, por lo menos, revelan algo de ingenio.— Cfr. *Knabenbauer* in Joan, pág. 136.

12. A saber: es ridículo el suponer estuvieran ebrios; pero aunque esto se concediera, no hay lugar a sospechar del milagro, pues quien dio su juicio fue el maestresala. Esta es la respuesta de San Juan Crisóstomo, que la traducción latina desfigura algún tanto.— No concede San Juan Crisóstomo que los convidados estuvieran ebrios; ni lo lleva consigo la frase del maestresala, que no es sino un ejemplo general.

13. Estas palabras se leen en San Marcos. La cláusula en el texto original parece incompleta, y así la dejamos en la traducción.

14. La traducción latina introduce una negación que no hay en el original, y por tanto, da otro sentido. Dice: *Sed quando virtutem nostram non laedent, id curemus, ne eorum insidiis ac nequitiae locum demus*. Aquí *locum dare*, como en algunos otros casos, es *dejar hacer*; esto es, *dejar libre el campo*, no meternos a combatir al adversario. Y dice San Juan Crisóstomo: *Manoanwmen, otan mhden pCrablapth thn hmeteran arethn, didonai topon antw taiV ponhraiV epiboulaiV*. Aprendamos a (*dar lugar*) a dejar libre el juego a sus malvadas asechanzas, pero con una condición, siempre que no cedan en daño de nuestra alma. Es decir, en vez de ponernos en frente, huyamos si es caso o callemos, con tal que no se siga daño a nuestra alma. Que este sea el pensamiento del Crisóstomo, se ve también por lo que sigue inmediatamente en el contexto. La versión latina debe corregirse, leyendo *UT* en vez de *NE* y en vez del *ID CUREMUS, ID DISCAMUS*.

15. Aquí, como en otras muchas partes de estas homilías, se han de suplir los versículos intermedios, desde el 47 hasta el 54; es de creer que San Juan Crisóstomo a lo menos los recitaría, si ya no es que haya parecido la exposición que de ellos hiciera. Fácil es, como en otro lugar lo advierte el traductor latino, que los copistas por descuido dejasen de transcribir los textos intermedios.

16. De la resurrección podían tener alguna idea por las Escrituras, y sin embargo, no se daban cuenta del sentido, cuando el Señor les hablaba de la suya; de la Eucaristía no podían tener ni aun la idea más remota; por eso era más meritorio creer las palabras de Cristo. Esto dice San Juan Crisóstomo, y no parece obscuro el pasaje, atendido todo el contexto.

17. La palabra *parresía*=confiadamente, *al descubierto* falta en algunos manus-

critos. Migne.

18. Así lo traen todos los manuscritos e impresos del Crisóstomo. Los demás ejemplares del Nuevo Testamento leen *cincuenta*. Migne.

19. Esto es: por la muerte, con potestad de morir cuando quisiese, o no morir, probada asimismo su potestad de resucitar.

20. San Juan Crisóstomo parece entender en primera persona la palabra *de: os lo dé (Yo)*. En el griego no hay diferencia entre la primera y tercera persona que la *iota suscrita*, que en los códices antiguos fácilmente se omite. Así se entiende bien la dificultad que a continuación propone: ¿Cómo es que pidiendo *al Padre*, cumple la petición el *Hijo*? Traduciendo *Ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo det vobis*, no se ve razón para la pregunta que se sigue: en cambio, fluye si se lee *det*

21. La traducción la tina pone “el ser” (o proceder) *de Dios*: no es eso lo que dice el texto griego, ni lo que reclama el contexto; pues se refiere al período anterior, donde dice que el Espíritu Santo manifestó por los milagros: 1.º, que Cristo subió al cielo, y 2.º, que subió para estar allí perpetuamente; a esto alude la frase *el estar con Dios*=to para Oew einai: no dice, si viene aquí a propósito el decir Oew einai, tratándose de *las dos cosas* arriba dichas. Que *procedía de Dios*, se deduce *conclusión* del argumento; las dos cosas dichas pertenecen a las premisas, como se ve leyendo el contexto.

22. Es decir: “No era ignorancia mía: porque aun después cuando hable el Espíritu Santo, *hablará de lo mío*. Y que la causa de añadir la cláusula *hablará de lo mío*, fue para excluir la ignorancia de Cristo, se echa de ver, porque el Espíritu Santo, no necesita que otro le enseñe lo que ha de decir, pues El, como Dios, sabe los secretos de Dios”.

23. Es decir: ¿cómo, suponiendo por un momento que hubiera oído lo que dijo a los discípulos, que *después de ir* a su Padre le enviaría el Espíritu Santo, se lo pide cuando aun no ha ido? Luego eso no se debe admitir. ¿Qué hay, pues, en ello? ¿Cuál es la verdadera solución?

24. Según otra lectura, *maldición*. Si se lee *maldición*, se entiende la sentencia del paraíso. *ara = maldición*. *Jara = alegría*.

25. La traducción latina da otro sentido muy diferente, que no tiene unión con el contexto. “*Ut ostenderet ita se rem habuisse*”. El sentido de la frase original Delwn, oti toiauta ta autou ninguna dificultad ofrece si se trauce a la letra, como se ve en el contexto de la versión epañola: pues el mismo Crisóstomo explica a continuación lo que quiere decir la frase de suyo vaga: “Tales son sus cosas: las cosas de Cristo”: el modo de obrar de Dios es muy distinto del de los hombres.

26. proCaloumenoV: La traducción latina cambia el sentido verdadero, al decir: SIBIQUE PROPONIT *singula explorare*.

HOMILIA XLII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. VI, v. 1. Después de esto, pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea a la parte de Tiberíades, 2. y le seguía gran multitud, porque veían los milagros que hacía con los enfermos. 3. Y subió Jesús a un monte, y allí se sentó con sus discípulos.

4. Y estaba cerca la Pascua, día de la fiesta de los judíos.

5. Habiendo, pues, alzado los ojos, y viendo que venía a él una gran multitud, dice a Felipe: "¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?"

6. Y esto decía por probarle: porque El sabía lo que iba a hacer.

7. Felipe le respondió: "Doscientos denarios de pan no les bastan para que cada uno tome un poquito".

8. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro. 9. "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas esto ¿qué es para tantos?"

10. Y dijo Jesús: "Haced sentar la gente". Había en aquel lugar mucho heno. Sentáronse, pues, en número como cinco mil hombres.

11. Tomó, pues, Jesús los panes y habiendo dado las gracias, los repartió entre los que estaban sentados; y asimismo de los peces, cuanto querían. 12. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: "Recoged los pedazos que han sobrado, para que nada se pierda". 13. Recogieronlos, pues, y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido.

14. Así que aquellas gentes, viendo el milagro que hizo Jesús, decían: "Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo".

15. Y Jesús, conociendo que había de venir para arrebatarle y hacerle Rey, huyó otra vez al monte El solo.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Ceder, cuando se pueda, a ejemplo de Cristo (v. 1). Circunstancias contenidas en los vv. 2, 3, y 4.

II. El Señor hace confesar a Felipe la necesidad de pan, para hacer más evidente el milagro (vv. 5-7).

III. Expónese los vv. 8 y 9. Jesucristo ruega al Padre en las obras menos importantes; las más difíciles las hace por propia autoridad, para manifestar que, cuando ruega, no lo hace por necesidad sino en cuanto a su Humanidad santísima.

IV. Explicación de los vv. 11-13. Por qué Cristo quiso que los discípulos recogiesen las sobras: cómo los iba instruyendo.

V. Las turbas lo reconocen por el Profeta anunciado (v. 14). El Señor nos da ejemplo de huir de las dignidades terrenas (v. 15).

VI. Amenos, no la gloria caduca, sino la inmortal. Perora contra los espectáculos. No se debe dar dinero a los farsantes, sino a los pobres.

Cap. VI, v. 1. *Después de esto, pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea a la parte de Tiberíades, 2. y le seguía gran multitud, porque veían los milagros que hacía en los enfermos. 3. Y subió Jesús a un monte, y allí se sentó con sus discípulos. 4. Y estaba cerca la Pascua de los judíos.*

No nos juntemos con los hombres perversos, amados (hijos): antes bien siempre que no puedan dañar nuestra virtud, aprendamos ¹⁴ a [ceder y] dejar libre el lugar a sus perversas asechanzas. Porque de este modo toda su fiereza queda enervada. Y así como cuando los proyectiles caen sobre una superficie tensa, dura y resistente, con grande ímpetu vuelven de rechazo a los que los dispararon; pero cuando la violencia del disparo no halla resistencia, al punto pierden su fuerza y cesan; de la misma manera cuando a los hombres fieros los tratamos del mismo modo, se enfurecen más; pero si cedemos y otorgamos, fácilmente enfrenamos toda su furia. Por esta razón también Jesucristo, cuando oyó que había llegado a oídos de los fariseos que El hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, se fue a Galilea, extinguiendo así su envidia, y calmando con su retirada el furor, que era probable se había excitado en ellos con tales rumores. Por lo demás, al ir otra vez a Galilea no se dirigió a los mismos lugares que antes; pues no fue a Caná, sino al otro lado del mar. Y le seguían también grandes muchedumbres, porque veían los milagros que hacía. ¿Qué milagros? ¿Por qué no los especifica? Porque este Evangelista quiso gastar la mayor parte del libro en sus discursos y explicaciones populares. Y así mira cómo durante un año entero, y lo que es más, como aun ahora en la fiesta de la Pascua no nos dice más a propósito de milagros sino que curó al paralítico y al hijo del régulo. Y era que no trataba de enumerarlos todos, pues ni aun posible le hubiera sido, sino, entre otros muchos y grandes, sólo algunos.

2. *Y le seguía, dice, gran multitud, porque veían los milagros que hacía.* No procedía de firme convicción tal seguimiento. Ya que, gozando de tal doctrina, se dejaban arrastrar más por los milagros, cosa propia de ánimos muy crasos. Pues *los milagros* dice (San Pablo), *son para los incrédulos, no para los creyentes* (1 Cor., XIV, 22). No así el pueblo aquel que describe San Mateo, antes bien oye cómo se había: *Estaban todos atónitos por su doctrina, porque los enseñaba como quien tenía potestad* (Matth., VII, 28, 29).

Y ¿por qué razón ahora sube al monte, y allí se sienta con los discípulos?— Por el milagro que iba a suceder. Y si sólo subieron los discípulos, es culpa de la multitud que no le siguió. Ni es sólo esta la razón de subir al monte, sino también el enseñarnos a descansar siempre del alboroto y barullo de las cosas exteriores; porque para la virtud es conveniente la soledad. Y muchas veces sube El solo al monte y pasa la noche velando en oración, enseñándonos que sobre todo quien se acerca a Dios conviene que se libre de toda turbación y busque tiempo y lugar exento de tumulto.

4. *Y estaba cerca la Pascua, fiesta de los judíos.* ¿Cómo es pues, dirás, que El no va a la fiesta, sino que mientras todos se dan prisa por ir a Jerusalén, El va a Galilea y no a solas, sino llevando consigo a los discípulos, y de allí se va luego a Cafarnaúm?— Iba poco a poco quitando fuerza a la ley, tomando ocasión de la maldad de los judíos.

II

5. *Y habiendo alzado los ojos, ve una gran muchedumbre.* Aquí da a entender que nunca se sentaba sin razón especial con los discípulos, sino acaso para explicarles las cosas con más cuidado y enseñarlos, y volverlos más hacía sí; donde también se echa de ver sobre todo el cuidado que de ellos tenía y lo humilde y condescendiente de su trato con ellos. Pues estaban sentados con El, quizá mirándose mutuamente. Y luego *habiendo alzado los ojos, ve una gran multitud*, que se acercaba a El.

Los demás Evangelistas dicen que los discípulos se le acercaron y le rogaron y suplicaron que no los dejara ir en ayunas; este Evangelista (San Juan) nos pone delante a Felipe, a quien Cristo dirige una pregunta. Ambas cosas parecen haber sucedido, mas no al mismo tiempo, sino que aquel hecho es anterior a éste; de suerte que aquel es un suceso, y éste es otro diferente. Y ¿por qué pregunta a Felipe? Sabía bien quiénes de los discípulos necesitaban más doctrina. Y, en efecto, esto es el discípulo que después dice (en el cap. XIV, v. 4): *Muéstranos al Padre y nos basta*. Por eso le iba instruyendo desde atrás. Y, realmente, si hubiera hecho el milagro sin más, no hubiera aparecido tan grande; mas ahora primero le obliga a confesar la necesidad que había, para que, reconociendo en qué estado se hallaba, entendiera así con más perfección la grandeza del milagro que iba a tener lugar. Y

así mira lo que le dice (Jesús): *¿De dónde sacaremos tantos panes, que puedan comer éstos?* Lo mismo habló también a Moisés en la ley antigua; pues no hizo el milagro hasta haberle preguntado: *¿Qué es lo que tienes en tu mano?* (Exod., IV, 2). Y es que como las cosas extraordinarias y repentinas nos suelen infundir olvido de la situación de antes, primero le sujetó a confesar el estado presente, para que, cuando sobreviniera el asombro, ya no pudiera echar de sí la memoria de lo que había confesado; y así por comparación comprendiera la grandeza del prodigio. Lo cual ni más ni menos tuvo aquí lugar. Y así, preguntado, responde: *7. Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco.*

6. *Y esto decía (Jesús) por tentarle: porque El sabía lo que iba a hacer.* ¿Qué quiere decir *por tentarle*? ¿No sabía acaso lo que le había de contestar?— Eso no se puede decir.— ¿Cual es, pues, el sentido de la frase? Por el Antiguo Testamento la podemos entender. Ya que también allí se dice: *Y sucedió que después de estas palabras tentó Dios a Abraham, y dijo: “Toma a tu hijo predilecto a quien amas, a Isaac”* (Gen., XXII, 1, 2). Claro está que esto no lo dice porque estuviera esperando a que por la experiencia se viera el resultado, si obedecería o no (¿cómo lo había de hacer así quien antes de ser las cosas las conoce todas?) sino que ambas frases están dichas a lo humano. Porque así como cuando dice: *Escudriña los corazones de los hombres* (Rom., VIII, 27), no da a entender un examen que proceda de ignorancia, sino al revés, conocimiento exacto; así también cuando dice *tentó*, no quiere decir sino que lo conocía muy bien. Y aun otra cosa se puede decir, y es, que le hacían manifestarse mejor probado, llevándole, así como a Abraham en otro tiempo, por medio de aquella pregunta al conocimiento perfecto del milagro. Y esta es efectivamente la razón por la cual el Evangelista, para que no sospechara algo inconveniente, por fijarte en la pobreza que indica la frase, añadió: *porque El bien sabía lo que iba a hacer.* Por lo demás, se debe observar, cómo, cuando hay lugar a una mala sospecha, al punto la corrige el Evangelista con todo empeño. Y por eso, así como aquí, para que nada semejante sospecharan los oyentes, añadió la corrección, diciendo: *porque El bien sabía lo que iba a hacer*, así también allí donde dice que los judíos le perseguían, *no sólo porque violaban el sábado, sino también, porque decía que su Padre era Dios, haciéndose igual a Dios*, el hubiera añadido el correctivo, si no fuese porque esta era una sentencia del mismo Cristo, confirmada con las obras.

Porque si en sus propias palabras teme el Evangelista que alguno sospeche, mucho más lo hubiera temido en lo que otros decían de El, si hubiera visto prevalecer alguna opinión inconveniente acerca de Cristo. Mas no lo hizo, porque vio que esta era la mente y decreto de Cristo incommovible. Por eso después de las palabras *haciéndose igual a Dios*, no uso de ninguna enmienda, por no ser esta una opinión torcida de ellos, sino verdad ratificada por las obras.

III

Después que Felipe fue preguntado, 8. *Andrés, el hermano de Simón Pedro, dijo: 9. "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas esto ¿qué es para tanta gente?"* De modo más elevado que Felipe piensa Andrés, pero no llegó a entenderlo todo. Soy de parecer que aquello no lo dijo sin más, sino por haber oído los milagros de los profetas y el prodigio que hizo Eliseo con los panes. Con esto se elevó ciertamente a alguna altura, mas no subió hasta la cumbre.

Aprendamos de aquí nosotros, tan dados al placer, cuál era la comida de aquellos varones admirables y grandes, y veamos lo pobre de su mesa, tanto en la cantidad como en la calidad, e imitémoslos.

Las palabras siguientes indican bajeza de pensamiento. Después de haber dicho: *Tiene cinco panes de cebada*, añadió: *mas esto ¿qué es para tantos?* Porque juzgaba que con poco haría poco y con más haría más el obrador de milagros: lo cual era falso. Pues tan fácil le era a El con poco que con mucho hacer brotar los panes como de una fuente; pues no necesitaba de materia: tan sólo, para que no se creyera que las criaturas eran ajenas a su sabiduría, como calumniosamente decían después los pobres marcionitas, se valió de las criaturas mismas para objeto de sus milagros.

Cuando, pues, los dos discípulos estaban sin esperanza, entonces es cuando obra el milagro: y así sacaron ellos más provecho, habiendo primero confesado la dificultad de la obra, para que, al verla hecha, reconocieran el poder de Dios.

Porque como había de hacer un milagro obrado también por los profetas, aunque no del mismo modo, y lo había de hacer después de dar primero las gracias; mira cómo, tratando de evitar que cayeran en alguna opinión poco digna de El aun con el modo de obrarlo levanta

su mente y hace ver la diferencia. Y así, ya antes de aparecer allí los panes hace el milagro, para que reconozcas que lo que no es le está sujeto lo mismo que lo que es, según lo dice San Pablo: *El que llama a lo que no es, como a lo que es* (Rom., IV, 17). Pues al punto los mandó recostarse, como si ya estuviera la mesa dispuesta y preparada. De esta manera elevó aun por este medio la mente de los discípulos. Y porque de la pregunta habían sacado fruto, al punto obedecieron, y no se turbaron, ni dijeron: “¿Qué es esto? ¿Cómo mandas recostarse la gente, si no aparece nadie en medio?” Y así, antes de ver el milagro, comenzaron a creerlo los mismos que al principio desconfiaron tanto, que decían: “¿Dónde compraremos panes?” Y aun con toda resolución hicieron que se recostasen las turbas.

Pero bien, y ¿por qué al sanar al paralítico no ruega, ni tampoco al resucitar a un muerto, ni al poner freno a la mar; y lo hace aquí en el milagro de los panes?— Para hacer ver que al comenzar a comer se deben dar gracias a Dios.— Y además hace esto en las obras de menos importancia, para que entiendas que no lo hace por necesidad. Que si por necesidad lo hiciera, con más razón lo debiera haber hecho en las obras mayores. Pero quien éstas las hacía con autoridad, claro está que en las otras obraba humanándose. Además de que, como había gran muchedumbre, convenía que quedara persuadida de que El había venido conforme a la voluntad de Dios. Y por esta razón, cuando El obra a solas algún milagro, no hace ninguna demostración semejante; pero cuando lo hace ante muchos, para que crean que no es contrario a Dios ni opuesto a quien le engendró, quita toda sospecha con la acción de gracias.

IV

11. *Y dio a los que estaban sentados, y quedaron hartos. ¿Ves aquí cuánta es la diferencia entre los siervos y el Señor? Ellos, como tenían la gracia con medida, obraban los milagros conforme a ella; pero Dios, como quien obraba con potestad absoluta, todo lo llevara a cabo con autoridad.* 12. *Y dijo a sus discípulos: “Recoged los pedazos que han sobrado”.* 13. *Y ellos los recogieron, y llenaron doce canastos.* No era esto una ostentación superflua, sino para que no se tuviera el hecho por pura imaginación: y por este motivo hace también el milagro valiéndose de materia preexistente.

Y ¿por qué razón no se los da a las turbas para que los lleven, sino a los discípulos? Porque a ellos era a quienes principalmente quería instruir, como a maestros que habían de ser de todo el mundo. Pues la multitud no había de sacar gran fruto de los milagros por entonces, y así, en efecto, en seguida se olvidaron y pedían otro milagro; pero ellos habían de sacar provechos nada vulgares. Y era al mismo tiempo para Judas condenación no ordinaria el llevar el canasto.— Y que esto se hiciera puesta la mira en instruirlos, se descubre por lo que más tarde se dijo cuando (Cristo) les trajo a la memoria el suceso, diciéndoles: *¿Aun no paráis mientras en cuántos canastos alzasteis?* (Matth., XVI, 9). Y el ser precisamente los canastos de fragmentos del mismo número que los discípulos obedecía también a la misma causa. Pero más tarde, cuando ya estaban instruidos, ya no sobraron en tanto número, sino siete espuertas (Id., XV, 37). Mas yo no me admiro tan solo de la muchedumbre de los panes; sino también, junto con esto, de la exactitud de las sobras, de suerte que no hizo que sobrara ni más ni menos, sino justamente cuanto quería, previendo cuánto habían de consumir; lo cual era efecto de inefable poder. Confirmaron, pues, el milagro, los fragmentos, haciendo ver dos cosas: que el hecho no era imaginario, y que había sobrado los panes que se habían comido. El milagro de los peces se hizo, valiéndose de los que ya había; pero después de la resurrección se obró sin materia preexistente. ¿Por qué razón? Para que entendieras que también ahora usaba de la materia, no por indigencia ni porque necesitara de ella como base, sino para tapar la boca a los herejes.

V

14. *Y las turbas decían: “Este es verdaderamente el Profeta”.* ¡Oh fuerza excesiva de la gula! Innumerables milagros había hecho más maravillosos, y jamás confesaron esto, sino sólo cuando estuvieron hartos. Por aquí parece claro que esperaban a un Profeta eximio. Porque aquellos decían: *¿Eres tú el Profeta?* Y éstos: *Este es el Profeta.*

15. *Y Jesús, conociendo que había de venir para arrebatarle y hacerle Rey, se retiró al monte.* ¡Cielos, qué tiranía la de la gula! ¡Qué volubilidad de ánimo! Ya no les da cuidado la transgresión del sábado; ya no celan por la honra de Dios, sino que todo lo echaron a un lado, una vez lleno su vientre.

Era, pues, tenido de ellos por Profeta, y le iban a elegir por Rey; pero Cristo huye. ¿Cómo así? Para enseñarnos a despreciar las dignidades del mundo y hacernos ver que no le hace falta cosa alguna de la tierra. Porque quien todo lo escogió humilde, madre, casa, ciudad educación, vestidos, no había de querer luego brillar en la tierra. Lo celestial, todo en El era espléndido y grande: los ángeles y la estrella, el Padre aclamándole, el Espíritu Santo dando testimonio de el, los profetas anunciándole de muy atrás; pero lo de la tierra todo humilde, para que así aparezca mejor su poder. Y era que vino para enseñarnos a despreciar lo de aquí y a no admirar ni atender con pasmo a lo que brilla en esta vida, sino burlarnos de todo ello y amar lo venidero. Que quien admira lo de aquí, no admirará lo del cielo. Por este motivo dijo también a Pilatos: *Mi reino no es de aquí* (Joann., XVIII, 36), para que no creyera que el usaba de temor y poder humanos para persuadir. ¿Cómo es, pues, que el Profeta dijo: *He aquí que tu Rey viene a ti, manso y sentado sobre un jumento?* (Zachh., IX, 9). Porque se refiere al reino de los cielos, no a éste. Y por lo mismo otra vez dice: *No recibo gloria de parte de los hombres.*

VI

Aprendamos, pues, amados (hijos) a despreciar y no desear el honor de los hombres. Hemos sido honrados con una honra tan grande, que, comparada con ella, la humana es verdaderamente afrenta, risa y comedia. Así como la riqueza de aquí enfrente de aquella es pobreza, y esta vida sin aquella es muerte (*Deja, dice, a los muertos sepultar a sus muertos* [Matth., VIII, 22]), pues lo mismo esta gloria ante aquella es vergüenza y ridiculez. No vayamos, pues, en pos de ella. Porque si los mismos que la dan son más despreciables que sombra y sueño, mucho más lo será la gloria misma; como que la *gloria del hombre es como flor de heno* (Is., XL, 6); y ¿qué hay más vil que la flor del heno? Pero aunque fuera algo sólido, ¿qué podría aprovechar al alma? Nada; antes infiere gravísimo daño haciendo esclavos, esclavos peores que los venales, esclavos no sólo de un señor, sino obedientes a dos y tres e infinitos que mandan cosas diferentes. ¿Cuánto mejor no es ser libre que siervo, libre, digo, de humana servidumbre, pero siervo del imperio de Dios? Mas al cabo, si quieres amar la gloria, ama la gloria, pero la inmortal. Porque más glorioso es

el teatro de ella y mayor la ganancia. Estos de aquí te mandan agradecerles a costa tuya; pero Cristo, todo lo contrario. El te da, en efecto, cien veces más de lo que le das tú, y a todo ello añade la vida eterna. ¿Qué es, pues, mejor: ser admirado en la tierra, o en los cielos? ¿por los hombres o por Dios? ¿con daño, o con provecho? ¿ser coronado para un día, o serlo para siglos infinitos?

Da al necesitado y no des al comediante, no sea que con tu dinero pierdas también su alma, pues tú eres causa de su ruina por el intempestivo aprecio que hace de él. Si supieran los que salen a la escena, que de su arte no habrían de sacar ganancia, tiempo ha que hubiera cesado de ejercitarlo; pero como te ven aplaudir, concurrir, gastar, agotar todos tus recursos, aunque no quisieran ocuparse en ello, se ven detenidos por la codicia de la ganancia. Si conocieran que nadie había de alabar sus cosas, pronto desistirían de su trabajo por la falta del lucro; mas como ven que lo hacen es objeto de la admiración de muchos, la alabanza se les convierte en cebo. Desistamos, pues, de gastar inútilmente, y aprendamos en qué cosas y cuándo conviene gastar. No vayamos a provocar la ira de Dios por entrambos lados, por acaparar de donde no conviene, y por desparramar en lo que no se debe. ¿Qué ira no merece el que da a la mujer perdida y pasa por alto al pobre? Pues, aún dado caso que lo dieras de tu justo trabajo, ¿no sería culpable dar retribución a la maldad y honrar aquello que se debiera castigar? Pues si despojando a los huérfanos y haciendo injusticia a las viudas fomentadas la lascivia, considera qué fuego estará preparado para los que tales desmanes se atreven a cometer. Oye lo que dice Pablo: *No sólo hacen ellos estas cosas, sino que aprueban a los que las hacen* (Rom., I, 32).

Tal vez os he herido en lo vivo; pero si yo no os hiriera, aguarda el suplicio real y verdadero a los que pecan sin enmendarse. ¿Qué aprovechará el agradar de palabra a los que han de ser atormentados de hecho?

¿Apruebas al bailarín, le alabas, le admiras. Pues has llegado a ser peor que él. Porque a él la pobreza le es alguna excusa, aunque no razonable; pero tú ni aun esa defensa tienes. Si le pregunto a él: “¿Por qué, dejadas las otras artes, escogiste esa, perversa y execrable?”, responderá: “Porque puedo con poco trabajo ganar mucho”. Pero si te pregunto a ti por qué admiras al que vive en la lascivia y corrompiendo a muchos, no puedes acogerte a la misma excusa, sino que te ves precisado a bajar la cabeza y cubrirte de vergüenza y de rubor. Y si

nada podrías decir pidiéndote cuentas yo mismo, dime: cuando esté delante aquel terrible e inexorable tribunal donde hemos de dar cuenta de los pensamientos y de las obras y de todo, ¿cómo estaremos? ¿con qué ojos miraremos al Juez? ¿qué diremos? ¿cómo nos defendéremos? ¿qué excusa alegaremos, razonable o no razonable? ¿la del gasto? ¿la del deleite? ¿la de la ruina de los demás, a quienes perdemos por medio de aquel arte? Nada de esto se puede decir: antes fuerza es ser castigados con suplico que no tiene fin, que no reconoce límite. Pues para que tal no suceda, ya desde ahora seamos cautos en todo, para que, saliendo de aquí con buenas esperanzas, logremos los bienes eternos, que ojalá todos alcancemos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLVI

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. VI, v. 41. Murmuraban, pues, los judíos de él, porque dijo: "Yo soy el pan que bajó del cielo". 42. Y decían: "¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien nosotros conocemos al padre y a la madre? Pues ¿cómo dice: "Del cielo bajé?"

43. Respondió, pues Jesús y les dijo: "No murmuréis unos con otros.

44. "Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le trajere, y Yo le resucitaré en el último día. 45. Está escrito en los profetas: Y serán todos enseñados de Dios. Todo el que oyó del Padre y aprendió, viene a Mí.

46. "No que al Padre le haya visto alguien, sino aquel que procede de Dios, ese ha visto al Padre. 47. En verdad, en verdad os digo: el que cree en Mí tiene vida eterna.

48. "Yo soy el pan de la vida. 49. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. 50. Este es el pan que baja del cielo, para que uno coma de él y no muera.

51. "Yo soy el pan vivo, que bajé del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo". 52. Altercaban, pues, unos con otros los judíos, diciendo: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?..."

53. Díjoles, pues, Jesús: "En verdad, en verdad os digo: si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. 54. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Expónense los vv. 41-43. Bajeza de los judíos.

II. Vv. 44, 45.

III. V. 54.

IV. V. 51. Oportunidad de las palabras de Cristo. Con ellas afianza más en su seguimiento a los discípulos.

V. En cambio, las turbas huyen de Él. Insensatez de los judíos, que en la Eucaristía preguntan *cómo* puede ser, siendo así que en la multiplicación de los panes no preguntaban *cómo* se multiplicaron.

VI. Exhortación a recibir la Eucaristía. Pondéranse elocuentísimamente el amor de Cristo y

VII. Los efectos y excelencias de la Eucaristía.

VIII. Gravísimo crimen de los que indignamente comulgan.

I

Cap. VI, v. 41. Murmuraban, pues, los judíos de Él, porque decía: "Yo soy el pan que bajó del cielo" 42. Y decían: ¿No es éste el hijo

de José, de quien nosotros conocemos al padre y a la madre? ¿Cómo dice, pues, que bajó del cielo?"

Escribiendo a los filipenses, dijo San Pablo de algunos judíos: *Cuyo Dios es el vientre y su gloria está en su ignominia* (Philipp., III, 19). Y que también éstos eran judíos, manifiesto es por lo que precede, y manifiesto no menos por lo que decían acercándose a Cristo. Pues cuando les dio pan y sació su hambre, llamábanle Profeta y trataban de hacerle Rey; pero cuando los instruía sobre el alimento espiritual, sobre la vida eterna; cuando los desviaba de las cosas sensibles, cuando les hablaba de la resurrección y levantaba sus ánimos, cuando más que nunca debieran admirarle, entonces murmuran y se retiran de El. Ahora bien: si éste era el profeta, como antes lo dijeron (*Porque éste es aquel de quien Moisés dijo: "Un Profeta como yo os suscitará Dios de entre vuestros hermanos; a él oíd*) (Deut., XVIII, 15), debieran oírle, cuando decía: *Del cielo bajé*(42). Mas no le oían, antes murmuraban. Todavía le respetaban, por estar reciente el milagro de los panes, por eso no le contradecían abiertamente; pero murmurando manifestaban su disgusto, porque no les dio el alimento que ellos querían. Y murmuraban, diciendo: *¿No es éste el hijo de José?* Por donde es manifiesto que todavía ignoraban su admirable y extraordinaria generación: por eso le llaman hijo de José. Y no los reprende, ni les dice: No soy hijo de José; no porque lo fuese, sino porque aun no estaban en disposición de oír aquella maravillosa concepción. Y si no podían oír la concepción según la carne, ¡cuánto menos aquella otra divina e inefable! Si lo más humilde no se lo descubrió, ¡cuánto menos había de comunicarles aquellas cosas!

Y eso que precisamente les ofendía que fuese de padre despreciable y vulgar; y, sin embargo, no les reveló aquello, no fuera que, por quitar un escándalo, les diera ocasión de otro.

¿Qué es, pues, lo que responde a las murmuraciones de ellos? 44. *Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le trajere.* Con esto se levantan los maniqueos; diciendo, que no está nada en nuestras manos, dado que esta es la prueba de ser dueños de nuestra voluntad. Porque si uno va a El, dicen: ¿qué falta hace llevarle?— Mas esto no quita nuestro albedrío, antes declara que necesitamos de auxilio, porque prueba aquí que no va cualquiera, sino quien tiene grande socorro de la gracia.

A continuación enseña también el modo cómo atrae. Pues para que no sospecharan de nuevo en Dios algo material, añadió: *No que al*

Padre le haya visto alguien, sino el que procede de Dios, ése ha visto al Padre. Pues, ¿cómo atrae? dirás.— Esto lo declaró antes el Profeta, vaticinándolo con estas palabras: 45. *Serán todos enseñados de Dios.* ¿Ves la dignidad de la fe, y cómo han de aprender, no de hombres, sino del mismo Dios? Por esta razón para conciliar crédito a sus palabras, los remitió a los profetas. Pero si está escrito, dirás, que serían todos enseñados de Dios, ¿cómo algunos no creen?— Porque aquello se dijo de la mayor parte. Fuera de que, aun sin eso, la sentencia del Profeta no se refiere a todos simplemente, sino a todos los que quieran. A todos se les propone Maestro, dispuesto a presentar a todos su enseñanza, derramando a todos su doctrina.

III

54. *Y Yo le resucitaré en el último día.* No es poca la dignidad del Hijo que aquí se significa; dado que el Padre atrae, y el Hijo resucita: no porque separe sus obras del Padre, de ningún modo, sino demostrando la igualdad de su poder. Porque así como allí, al decir: *Y el Padre que me envió da testimonio acerca de Mí* ¹⁵, a continuación para que algunos no inquiriesen curiosamente sobre las palabras los remitió a las Escrituras, así también aquí, para que no sospechasen lo mismo, los remite a los profetas, alegándolos a cada paso, para probar que no era contrario al Padre.

Pero ¿qué? dirás, ¿y los de antes no fueron también enseñados de Dios? Pues, según eso, ¿qué hay aquí de ventajoso?— Que entonces aprendían las cosas de Dios por medio de hombres; mas ahora por medio del Unigénito Hijo de Dios y del Espíritu Santo.

Inmediatamente añade: *No que al Padre le haya visto alguien, sino el que procede de Dios:* donde no dice proceder de Dios en razón de causa (como efecto), sino según el modo de la substancia (por generación); pues si lo dijera en razón de causa, todos procedemos de Dios; y entonces, ¿en qué estuviera lo eximio y singular del Hijo?

Mas ¿por qué, dirás, no lo expresó con mayor claridad?— Por la debilidad de ellos, ya que si al oír: *Baje del cielo*, de tal modo se escandalizaron, ¿qué les hubiera pasado si también esto hubieses añadido?

Y llámase a sí mismo *Pan de vida*, porque sustenta nuestra vida, tanto la presente como la futura; por lo cual añadió: *¡El que coma de*

este pan vivirá para siempre! Y pan llama aquí, o bien los dogmas saludables y la fe en El, o bien su propio Cuerpo. Pues ambas cosas fortalecen al alma. Pues bien: con ser así que en otra parte, al decir El: *Si alguno oyere mi palabra, no probará la muerte* (Joan., VIII, 52), se escandalizaron; aquí no les sucedió lo mismo, quizá porque todavía le respetaban a causa de los panes.

Mira, además, por dónde establece la diferencia con respecto al maná: por el fin de entrambos alimentos. En efecto: haciendo ver que el maná no trajo ninguna utilidad extraordinaria, añadió: *Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron*. A continuación endereza el discurso a persuadirlos, sobre todo, que ellos recibieron beneficios mucho mayores que sus padres, insinuando a Moisés y a aquellos admirables varones. Por eso, después de haber dicho que los que comieron el maná murieron, añadió: *58. El que come de este pan vivirá para siempre*. Y no en vano dijo las palabras *en el desierto*, sino para insinuar que ni duró mucho tiempo, ni fue con ellos a la tierra de promisión. Mas no así este otro pan.

IV

51. Y de cierto, le pan que Yo daré es mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo. Justamente pudiera alguno dudar y preguntar aquí por qué habló en esta ocasión tales palabras, que nada edificaban ni aprovechaban, sino más bien perjudicaban a lo ya edificado. *66. Desde entonces, dice, muchos de sus discípulos se volvieron atrás, diciendo: 60. “Duro es este razonamiento, y ¿quién puede oírlo?”* Ya que estas cosas se comunicaban sólo a los discípulos, como dijo San Mateo: *Habláales aparte* (Marc., IV, 34). ¿Qué decir, pues a esto?—Que también ahora era mucha la utilidad y la necesidad de estas palabras. Pues como instaban pidiendo alimento, pero corporal, y ya que recordándole el que había sido dado a sus padres, llamaban excelente al maná; para demostrar que todo aquello no era sino sombra y figura, y que el de ahora era la verdad, les habla del alimento espiritual.

Pero, replicarás, debiera decírseles: *Vuestros padres comieron el maná en el desierto, mas Yo os he dado pan*.—Pero había gran diferencia. Porque esto parecía menos que aquello; ya que el maná había bajado del cielo, y el milagro de los panes se había hecho en la tierra.

Pues como pidiesen alimento bajado del cielo, por eso continuamente decía: *Del cielo bajé*. Y si alguno investigare por qué motivo habló también acerca de los misterios (de la Eucaristía), responderémosle que esta era una ocasión muy oportuna. Porque la obscuridad de las palabras suele excitar a los oyentes, y hacerlos más atentos; por tanto, no debieran escandalizarse, antes bien preguntar e informarse. Mas ellos se retiraban. Pues si le tenían por Profeta, debieran creer a sus palabras. Así que el escándalo procedía de su necedad, no de la obscuridad de las palabras.

Tú en tanto considera cómo poco a poco estrechó más consigo a los discípulos; pues ellos son los que decían: 68. *Palabras de vida tiene, ¿adónde iremos?*

Por lo demás, a sí mismo se presenta aquí como dador, no al Padre. 51. *E pan, dice, que Yo daré, es mi carne*.

No así las turbas, sino al contrario. *Duro es este razonamiento*, dicen, y por eso se retiran.

Ahora bien, no era nueva ni diferente la doctrina; pues ya antes la había insinuado San Juan, al llamarle Cordero.— Pero, dirás, ellos no lo entendieron.— Verdad es, lo confieso; mas tampoco lo sabían los discípulos. Porque si de la resurrección no tenían aún claro conocimiento, y por eso ignoraban el sentido de las palabras: *Destruid este templo, y en tres días lo levantara* (Joan., II, 19); mucho menos entenderían estas otras palabras, que eran más obscuras. Porque (tratándose de la resurrección) sabían que habían resucitado algunos profetas, por más que no lo digan tan claro las Escrituras, pero ninguno de ellos dijo en parte alguna que un hombre comiese la carne de otro hombre ¹⁶. Mas con todo eso, obedecían y le seguían, y confesaban que El tenía palabras de vida eterna. Propio es de un discípulo no examinar curiosamente las palabras del maestro, sino oírlas y obedecer, y esperar el tiempo oportuno de la solución.

Mas ¿qué decir, replicaréis, si aconteció lo contrario, y le volvieron la espalda?— Eso fue por la insensatez de ellos; porque una vez que se introduce la cuestión “cómo”, entra juntamente la incredulidad. Así se turbó también Nicodemus, diciendo: *¿Cómo puede el hombre entrar en el vientre de su madre?* Lo mismo que éstos se turban, diciendo: *¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?*— Pues si preguntas el cómo, ¿por qué acerca de los panes no preguntabas, cómo multiplicó los cinco en tantos otros?— Porque entonces sólo atendían a quedar hartos, no a ver el milagro.

Pero entonces, dirás, los enseñó la experiencia.— Luego por aquella experiencia debieran dar crédito también a lo de ahora. Puesto que por eso hizo de antemano aquel milagro tan extraordinario, para que, aleccionados con él, no fuesen incrédulos a lo que después les dijera.

IV

Pero ellos, al fin, no sacaron fruto de las palabras y nosotros, en cambio, gozamos del beneficio de las obras. Por lo cual es necesario que nos informemos del milagro de los misterios (eucarísticos), a saber, en qué consisten, por qué se dieron y cuál es su utilidad.

Un cuerpo nos hacemos, dice (el Apóstol), *y miembros de su carne y de sus huesos* (Eph., V, 30). Sigán los iniciados este razonamiento.

Pues bien: para que esto lleguemos a ser no solamente por el amor, sino también en realidad, mezclémonos con aquella carne; porque esto se lleva a cabo por medio del manjar que el nos dio, queriendo darnos una muestra del vehemente amor que nos tiene. Por eso se mezcló con nosotros, y metió cual fermento en nosotros su propio cuerpo, para que llegáramos a formar un todo, como el cuerpo unido con su cabeza. Pues esta es prueba de ardientes amadores. Y así Job, para darlo a entender, lo decía de sus siervos, de quienes eran tan excesivamente amado, que deseaban ingerirse en sus carnes; ya que para mostrar su ardiente amor, decían: *!Quién nos diera de sus carnes, para hartarnos!* (Job. XXXI, 31). Pues por eso hizo lo mismo Cristo, induciéndonos a su mayor amistad, y demostrándonos su amor ardentísimo hacia nosotros; ni sólo permitió a quienes le aman verle, sino también tocarle, y comerle y clavar los dientes en su carne, y estrecharse con El, y saciar todas las ansias de amor. Salgamos, pues, de aquella mesa, como leones, respirando fuego, terribles a Satanás, con el pensamiento fijo en nuestro Capitán y en el amor que nos ha mostrado. A la verdad, muchas veces los padres entregan los hijos a otros para que los sustenten; mas Yo, dice, no así, antes os alimento con mi propia carne, a Mí mismo me presento por manjar, deseoso de que todos seáis nobles, y ofreciéndoo buenas esperanzas acerca de los bienes venideros. Porque quien aquí se os dio a sí mismo, mucho más en la vida venidera. Quise hacerme hermano vuestro; por vosotros participé de carne y sangre; de nuevo os entrego la carne y la sangre, por medio de las cuales me hice pariente vuestro.

VII

Esta sangre produce en nosotros floreciente la imagen de nuestro Rey, ella causa inconcebible hermosura, ella no deja que se marchite la nobleza del alma, regándola continuamente y sustentándola. La sangre que en nosotros se forma de los manjares no se forma inmediatamente, sino primero es otra substancia; no así esta otra sangre, antes bien desde luego riega el alma y le infunde grande fuerza. Esta sangre, dignamente recibida, ahuyenta y aleja a los demonios y atrae a los ángeles hacia nosotros y al mismo Señor de los ángeles; pues dondequiera que ven la sangre del Señor, huyen los demonios y concurren los ángeles. Esta sangre derramada lavó todo el mundo. Muchas cosas dijo de esta sangre el bienaventurado San Pablo en la epístola a los hebreos. Esta sangre purificó el santuario y el *Sancta Sanctorum*. Y si la imagen de ella tuvo tanta eficacia, ora en el templo de los hebreos, ora en medio de Egipto, puesta sobre los umbrales, ¡cuánto más podrá la verdadera y real! Esta sangre santificó el altar de oro. Sin esta sangre no se atrevía el sacerdote a entrar en el santuario. Esta sangre ordenaba a los sacerdotes. Esta sangre lavaba los pecados en sus figuras. Y si en las figuras tuvo tanta fuerza, si ante la sombra de ella se estremeció la muerte, dime, ¿cómo no ha de temblar ante la misma realidad? Ella es la salud de nuestras conciencias, con ella se lava el alma, con ella se hermosea, con ella se inflama; ella hace el alma más resplandeciente que el fuego; ella, apenas derramada, hizo accesible el cielo.

¡Tremendos son, en verdad, los misterios de la Iglesia! ¡tremendo es el altar! Brotó del paraíso una fuente que derramaba ríos materiales: de esta mesa brota una fuente, de la que corren ríos espirituales. Junto a esta fuente están plantados, no ya sauces estériles, sino árboles que se yerguen hasta el cielo, y llevan fruto siempre en sazón e inmarcesibles. Si alguno se abrasa, véngase a esta fuente y refrigere el ardor. Pues ella deshace el bochorno y refresca todo lo ardiente, y no sólo lo quemado del sol, sino aun lo inflamado por aquellas saetas de fuego, ya que tiene su principio y origen en el cielo, de donde recibe su riego. Muchos son los arroyos de esta fuente, los cuales envía el Paráclito. Y hácese el Hijo mediador, no ya abriendo camino con la azada, sino disponiendo nuestros ánimos. Esta fuente es fuente de luz, que brota rayos de verdad. Ante ella asisten aun las potestades del cielo, fija la mirada en la hermosura de sus corrientes, ya que ellas

contemplan con mayor claridad la eficacia de la oblación eucarística y sus inaccesibles destellos de luz. Pues así como si uno metiera en el oro derretido, si posible fuese, la mano o la lengua, al punto las transformaría en oro; así también, y aun mucho más, aquí obra la Eucaristía en el alma estos efectos. Bulle hirviendo este río más que fuego; mas no quema, sin que lava tan sólo cuanto a su paso encuentra.

Esta sangre era continuamente prefigurada de antiguo en los altares, en las muertes de los justos. Ella es el precio del mundo; con ella compró Cristo la Iglesia, con ella la hermoseó toda entera. Pues a semejanza de un hombre que para comprar esclavos da oro, y si quiera adornarlos emplea oro, así también Cristo con sangre nos compró y con sangre nos hermoseó. Los que de esta sangre participan asisten a una con los ángeles, con los arcángeles y con las soberanas potestades, vestidos de la misma real estola de Cristo y provistos de las armas espirituales. Mas nada grande he dicho todavía: vestidos están del mismo Rey.

VIII

Pero así como es cosa grande y admirable, así mientras te acerques con pureza, te acercas para salud; pero si con mala conciencia, para suplicio y venganza. *Porque quien come, dice, y bebe indignamente del Señor, su condenación se come y se bebe* (1 Cor., X, 1, 29). Si, pues, los que manchan la púrpura imperial son castigados lo mismo que los que la rasgan, ¿qué hay de extraño en que los que reciben el Cuerpo de Cristo con impura conciencia sufran el mismo suplicio que los que le desgarraron con los clavos? Considera, en efecto, cuán terrible castigo dio a entender San Pablo cuando dijo: *Uno que atropella la ley de Moisés, muere sin misericordia, sobre el testimonio de dos o tres. ¿De cuánto peor castigo pensáis que será juzgado digno quien al Hijo de Dios holló, y reputó inmunda la sangre del testamento, con la que fue santificado!* (Hebr., X, 28, 29).

Miremos, pues, por nosotros mismos, amados (hijos), y a que tales bienes gozamos, y cuando nos viniere al pensamiento decir algo torpe o nos viéremos arrebatar de la ira o de alguna otra pasión, reflexionemos de qué beneficios hemos sido objeto, de qué Espíritu hemos gozado, y este pensamiento será freno de nuestros irracionales

apetitos. ¿Hasta cuándo, si no, hemos de estar enclavados a las cosas de la tierra? ¿Hasta cuándo estaremos sin despertar? ¿Hasta cuándo no hemos de cuidar de nuestra salvación? Consideramos qué beneficios se ha dignado hacernos Dios: démosle gracias, glorifiquémosle, no sólo por la fe, sino también por las obras, para que alcancemos también los bienes venideros, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LIV

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. VIII, v. 31. Decía, pues, Jesús a los judíos que en El habían creído: "Si vosotros perseverareis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, 32. y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres".

33. Le respondieron: "Hijos somos de Abraham, y de nadie hemos sido jamás siervos: pues ¿cómo dices tú: Seréis libres?"

34. Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo, que todo aquel que comete el pecado siervo es del pecado. 35. Y el siervo no queda en la casa para siempre, el hijo queda para siempre.

36. "Si, pues, el Hijo os libertare, verdaderamente seréis libres.

37. "Se que sois hijos de Abraham, pero tratáis de matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros.

38. "Yo hablo lo que vi en mi Padre, y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro padre".

39. Le respondieron y dijeron: "Nuestro padre es Abraham". Díceles Jesús: "Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. 40. Mas ahora tratáis de matarme; siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios. Abraham no hizo eso. 41. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre". Ellos le dijeron: "Nosotros no nacimos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios".

42. Díjoles, pues, Jesús: "Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais, porque Yo de Dios salí y vengo; ni vine de Mí mismo, sino que El me envió. 43. ¿Por qué no conocéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. 44. Vosotros sois (hijos) de vuestro padre el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y el padre de ella.

45. "Y porque yo digo la verdad, no me creéis.

46. "¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo verdad, ¿porqué no me creéis?

47. El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios".

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Jesucristo reprime la soberbia a los judíos (vv. 312, 32).

II. Arrogancia de los judíos (v. 33). Servidumbre del pecado (v. 34).

III. Expone el v. 35. El siervo es Moisés, que se contrapone al Hijo, que es Jesucristo. El Hijo es dueño de la casa, del mismo poder que el Padre (v. 36), pues El puede por propia autoridad librar de la servidumbre del pecado.

IV. Para que no se excusen diciendo que no tienen pecado, les pone delante su injusto deseo de matarle, que procedía de no poder sobrellevar su palabra (v. 37), la cual, sin embargo, no era de invención humana, sino verdad divina (v. 38).

V. Respuesta de los judíos. Nuestro Señor les prueba que por su conducta no son hijos de Abraham (vv. 39, 40), ni tampoco hijos de Dios, sino del diablo (vv. 41-44). El diablo fue homicida y mentiroso, y ellos son también homicidas y (v. 45) enemigos de la verdad.

VI. Los judíos no quieren entender el lenguaje de Cristo (v. 43). El Señor reprende su obstinación. El pecado hace el ánimo vil y le ciega.

VII. Exhortación a arrebatarse el reino de los cielos. Para arrebatarse una cosa es preciso echar primero lo que se tiene entre las manos.

I

Cap. VIII, v. 31. *Decía, pues, Jesús a los judíos que en El habían creído: "Si vosotros perseverais en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, 32. y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.*

Mucha paciencia necesita nuestra vida, amados (hijos). Y la paciencia se obtiene, cuando la doctrina está arraigada en lo profundo. Así como a una encina que echa raíces en los senos más hondos de la tierra, y se afianza con toda fuerza, no hay viento que con sus acometidas la pueda arrancar; así tampoco al alma enclavada con el temor de Dios, nadie podrá derribarla; pues más que estar arraigado es estar enclavado. Por eso el Profeta, ruega, diciendo: *enclava mis carnes con tu temor* (Ps. CXVIII, 120). Así, pues, clávate y sujétate como con un clavo atornillado. Porque así como estos tales difícilmente se dejan vencer, así los que no están fijos fácilmente son cogidos y deshechos. Esto es lo que en otro tiempo sucedió a los judíos. Después de haber oído y creído, de nuevo fueron derribados. Queriendo, pues, Jesucristo hacer su fe más profunda para que no fuera superficial, socava sus ánimos con palabras más punzantes; pues debían, si creían, sufrir las reprensiones; mas al instante se irritaban. Y ¿cómo lo hacen? En primer lugar los exhorta: *Si vosotros perseverareis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos, y la verdad os hará libres*, que era casi decirles: Os voy a abrir una herida muy honda, mas no os turbéis. Antes bien, con esto reprimió la hinchazón de su soberbia. Y ¿de qué los libraré? De los pecados. ¿Y qué responden aquellos arrogantes? 33. *Hijos somos de Abraham, y de nadie hemos sido jamás siervos.* Al punto cayeron de ánimo; y esto no sucedió sino porque los fascinaban las cosas de la tierra.

La sentencia *si permaneciereis en mi palabra*, era propia de quien descubría lo que ellos tenían en el corazón, y sabía que habían creído, pero no perseveraron. Porque *muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya con el al descubierto* ¹⁷ (Joann., VI, 66).

Conoceréis la verdad (VIII, 32), esto es, a Mí; porque *Yo soy la verdad*. Todo lo de los judíos era figura: la verdad la aprenderéis de Mí, y ella os librará de los pecados. Pues así como a aquellos les decía:” *Moriréis en vuestros pecados*, así a éstos dijo: *La verdad os hará libres*.

II

Y no dijo: Os libraré de la servidumbre; sino que esto se lo dejó a su inteligencia. Y ¿qué responden ellos? *Hijos somos de Abraham, y de nadie jamás hemos sido siervos*. Si enfadarse debieran, más debieran hacerlo por lo primero, por haberles dicho: *Conoceréis la verdad*; y responder:”¿Cómo así? ¿Luego ahora no sabemos la verdad? ¿Luego la ley y nuestro conocimiento son mentira?” Mas de nada de esto se les imploraba; sólo se dolían de lo terreno, y esta era la servidumbre que entendían. Hay también ahora, los hay, que sólo se avergüenzan de las cosas indiferentes y de esta servidumbre (temporal); pero de la servidumbre del pecado, nada de eso: antes preferirían ser llamados mil veces siervos de esta servidumbre, que una sola vez de la otra. Tales eran aquellos; y no conocían otra actividad, y dicen: ¿Esclavos llamas a los del linaje de Abraham, a hombres tan nobles? Nunca debieras llamarlos de ese modo. Porque *nunca jamás*, dicen, *fuimos siervos*. Esta era la jacancia de los judíos: *¡Hijos somos de Abraham, israelitas somos!* Nunca conmemoran sus buenas obras. Por eso clamaba contra ellos San Juan (Bautista): *No digáis: A Abraham tenemos por padre* (Matth., III, 9). Y ¿por qué Cristo no les arguyó, ya que muchas veces fueron siervos de los egipcios, de los babilonios, y de otros muchos?— Porque no trataba de contender con ellos, sino de salvarlos y hacerles bien, y eso pretendía. Pudiérales alegar los cuatrocientos años de servidumbre; pudiera, los setenta; pudiera objetarles en el tiempo de los jueces, ya la de veinte ya la de dos, ya la de siete años; pudiera, en fin, probarles, cómo nunca cesaron de ser siervos. Mas no trataba de probar que habían sido siervos de los hombres, sino del pecado, que es la servidumbre más terrible, y de la que sólo Dios puede librar. Pues a ningún otro pertenece el perdonar pecados; lo cual ellos mismos confesaban. Así es que, como reconocían que esta es obra de Dios, los induce a esto, diciendo: 34. *Todo aquel que comete el pecado, siervo es del pecado*, declarando que se refiere a la libertad de esta servidumbre.

35. *Y el siervo no queda en la casa; mas el hijo queda para siempre.* Suavemente también por aquí quita la importancia a la ley, dando a entender los tiempos anteriores. Porque a fin de que no se valieran del recurso de decir: “Tenemos los sacrificios que nos ordenó Moisés; ellos nos pueden librar”; añadió esta cláusula. De lo contrario, ¿qué ilación habría en sus palabras? *Porque todos pecaron, y necesitan de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por la gracia de El* (Rom., III, 23, 24), y también los mismos sacerdotes. Por eso San Pablo dice del sacerdote: *Debe ofrecer sacrificio por sí mismo, así como por el pueblo, porque también el está rodeado de flaqueza* (Hebr., V, 3, 2). Y esto es lo que significa con las palabras: *El siervo no queda en la casa.* Y al mismo tiempo declara en este lugar su igualdad con el Padre, y la diferencia que hay entre el siervo y el libre: pues esto quiere decir la parábola, esto es: el siervo no tiene potestad; que esto indica la frase *no queda (en la casa)*.

Y ¿por qué, hablando de los pecados, hizo mención de la casa? Para hacer ver que, como en la casa el señor, así El tiene poder sobre todas las cosas. La cláusula, *No queda*, quiere decir: No tiene poder de dar, como quien no es dueño de la casa; pero el hijo es dueño de la casa. Y esto significa la frase: *queda para siempre*, conforme al modo de hablar de los hombres, para que no le dijeran: ¿Tú quien eres?—*Todo es mío*, porque soy Hijo y permanezco en la casa de mi Padre: llamando casa a la potestad. Como también en otra parte llama casa al dominio del Padre: *En la casa de mi Padre hay muchas mansiones* (Jo., XIV, 2). Pues como hablaba de libertad y esclavitud, muy a propósito usa de esta metáfora, declarando que aquellos no tenían poder de darles libertad.

36. *Si, pues, el Hijo os libertare.* ¿Ves cómo es consubstancial al Padre, y cómo demuestra que tiene el mismo poder que El? *Si el hijo os libertare*, nadie os podrá contradecir, antes tendréis libertad segura. Puesto que *Dios es el que justifica*, y ¿quién hay que condene? (Rom., VIII, 33). Aquí se muestra a sí mismo libre de pecado e insinúa aquella libertad, que lo es sólo de nombre, y la puedan dar también los hombres; mas la otra sólo Dios. Y por eso los persuade a no avergonzarse de aquella esclavitud, sino de la del pecado. Y queriendo hacer ver que, aunque no eran siervos, por haber sacudido aquella esclavitud, todavía llegaron a ser más esclavos (por la del pecado),

añadió: *Seréis de verdad libres*. Y con eso hace ver que aquella otra libertad no lo es de veras.

IV

Además, para que no dijeran: “No tenemos pecado”, pues era probable que se lo habían de decir, mira cómo les entabla la acusación. Dejando a un lado todas las demás cosas de la vida de ellos, les presenta delante lo que estaba a las manos, lo que pretendían hacer, y les dice: 37. *Se que sois hijos de Abraham, pero tratáis de matarme*. Insensiblemente y poco a poco los desvía de aquel parentesco, enseñándoles a no gloriarse de él. Porque así como la esclavitud y la libertad consisten en las obras, así también el verdadero parentesco. Ni les dijo a la primera: No sois de Abraham vosotros (los) homicidas, (no sois del linaje) de aquel justo, sino que en el entretanto conviene con ellos, y dice: “*Se que sois hijos de Abraham*; mas no se trata de eso”; y ya desde ahora hace contra ellos una declaración más vehemente. Pues es de notar en general, que cuando va a hacer alguna cosa grande, después de haberla obrado usa de mayor libertad de hablar, toda vez que ya les cierra la boca el testimonio mismo de los hechos.

Pero tratáis de matarme.— ¿Y qué, si lo hacemos con justicia?— Muy lejos está de ser así. Por eso aduce también el motivo: porque *mi palabra no cabe en vosotros*. Pues, ¿cómo dice que creyeron en El?— Pero, como antes tengo dicho, se mudaron de nuevo. Por eso los reprendió ásperamente. Si os gloriáis del parentesco de él (Abraham), debéis también vivir como él. Y no dijo: *No cogéis mi palabra*, sino *Mi palabra no cabe* (no coge) *en vosotros*, declarando la sublimidad de sus enseñanzas. Ahora bien: esa no era razón para matarle, sino para honrarle y aprender de El.

Mas ¿qué con todo eso, podrían decir, si lo dices de tu cabeza? Por eso (para prevenir esta dificultad) añadió: *Lo que Yo vi en mi Padre, eso hablo: y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro padre*. Así como Yo (venía a decir), tanto de palabra como de verdad muestro al Padre, así vosotros descubrís al vuestro por las obras. Porque Yo, no sólo tengo la misma substancia, sino también la misma verdad que el Padre.